

Conferencia: **“MONS. ROMERO,
UN HOMBRE DIALOGANTE CON LA REALIDAD”**
Un referente creyente en la sociedad actual”

**Manuel Plaza sj.
8 de febrero 2011
San Sebastián**

Buenas noches, El hecho de preparar esta conferencia ha sido un gran regalo para mí. Me ha despertado muchos recuerdos y vivencias, pues desde 1986 he tenido la posibilidad de viajar con frecuencia a El Salvador por motivos de trabajo.

Estoy seguro que muchos de vosotros sabéis más de Romero que yo, pero al menos, que esta reflexión que hago con vosotros/as nos ayude a recolocarnos en nuestra fe y en la realidad concreta que nos está tocando vivir como ciudadanos creyentes y en esta Iglesia concreta.

He elegido este título porque me parece que hoy día necesitamos recuperar a personas que han sido faros de Luz y Esperanza: Ellacuría, Desmond Tutú, Oscar Romero, Samuel Ruiz, que acaba de fallecer... en una sociedad donde somos capaces de tener un canal de TV las 24 horas del día con programas como “Gran Hermano”, o con Belén Esteban y toda su cuadrilla circense y con los profetas de calamidades como Inter-economía y otros medios de comunicación parecidos....

En uno de esos viajes, creo que fue en 1994, El Comité Oscar Romero de Burgos, al que pertenezco, estábamos preparando un CD sobre la vida y obra de Mons. Romero. Necesitábamos material original y con ese motivo me fuí a visitar el archivo del Arzobispado de El Salvador. Necesitaba fotos y otras cosas... Cuando el responsable del archivo, un laico joven, al ver que cogía muchas cosas me dijo: “Oiga, que esto es del Salvador”. Yo le respondí: “No sabía que Mons. Romero era propiedad del Salvador. El pertenece a la humanidad”. El hombre se calló y me dejó fotocopiar lo que necesitaba. Hoy después de muchos años podemos decir con toda verdad que Romero pertenece a la humanidad y su persona sigue siendo un referente para creyentes y no creyentes.

Para comenzar quiero hacer un breve recorrido **de las fechas más importantes de Romero para hacernos nuestra composición de lugar:**

Nace el 15 de Agosto de 1917, en Ciudad Barrios, al norte del Departamento de San Miguel, en el Oriente de El Salvador, en Centroamérica.

A los 13 años, en 1930 entra en el Seminario menor de San Miguel, regido y orientado por los PP. Claretianos.

Con 25 años, el 4 de Abril, de 1942 ordenación sacerdote en Roma. Había ido a estudiar en la Universidad Gregoriana, dirigida por los jesuitas.

Dos años más tarde, el 4 de Enero de 1944, visita por primera vez como sacerdote su pueblo natal, Ciudad Barrios. En este año comienza su gran actividad pastoral en la ciudad de San Miguel que durara más de 20 años.

Con 50 años, el 24 de Julio 1967, traslado de Mons. Romero a San Salvador desde San Miguel. Ese mismo año 1967-1974 es nombrado, Secretario de la Conferencia Episcopal de El Salvador (CEDES), en San Salvador.

Con 53 años, el 21 de Junio de 1970, **Ordenación Episcopal**, en San Salvador. Estará 4 años como Obispo Auxiliar de San Salvador.

1974 14 de Diciembre, toma posesión de la Diócesis de Santiago de Maria. Con 57 años Obispo de Santiago de Maria (Diciembre 74- Febrero 77),

1975 21 de Junio, La masacre de Tres Calles: mueren muchas personas en una manifestación de sindicatos.

1976 Enero: Reorganización de la Pastoral diocesana.

1976 Agosto-Octubre, Organización de la Pastoral social en Diócesis de Santiago de Maria.

1977 22 de Febrero, **toma posesión de la Arquidiócesis de San Salvador.**

1980 24 Marzo, es **asesinado en San Salvador.**

* * * * *

Ignacio de Loyola nos dice que lo que más moviliza a las personas es la gratuidad. No el voluntarismo, ni los propósitos. Y eso únicamente se experimenta en una experiencia creyente de alteridad. Esto va a ser muy importante en la vida de Romero.

Nace en una familia humilde, campesina. Tuvo que conocer lo duro del trabajo. Cuentan que estando en el Seminario a Oscar le iba bien en sus estudios, pero dejó el seminario después de varios años, para trabajar en la mina de oro de Potosí, a unos 10 kilómetros de Ciudad Barrios. Eran años de depresión y la familia parece haber tenido problemas financieros, tal vez cuentas médicas de la madre, quien había estado mal de salud desde el nacimiento del menor de sus hijos en 1929. Oscar trabajó durante 3 meses juntando piedras, mientras su hermano menor trabajaba como compañero. Cada uno ganaba medio colon diariamente. Su hermano mayor, Gustavo, era mineralogista y ganaba 10 colones al día. Después de unos 3 meses, el obispo le ordenó a Oscar que regresara al seminario

Ya desde sus años jóvenes, Romero era un muchacho de oración. Regresaba a su hogar durante las vacaciones. Su hermano menor recuerda que lo veía levantarse de la cama común durante la noche para rezar. Otros habían notado sus visitas a las Iglesias aun antes de entrar al seminario. La oración estaba ya convirtiéndose en la fuerza y soporte que habría de ser en su vida durante los años posteriores. Como arzobispo, Mons. Romero algunas veces dejó calladamente las intensas discusiones de sus consejeros sobre el deber de la Iglesia en las crisis continuas, con el fin de ir a la capilla a iluminar sus decisiones con la oración. Los consejeros aprendieron a decirle que fuera a orar cuando ellos no podían ponerse de acuerdo. "Siempre daba la solución atinada," dijo uno de ellos.

Pero en sus últimos años, siendo arzobispo de San Salvador, tuvo la gracia de saber "mirar" la realidad que le rodeaba desde la sabiduría del corazón. Pasó de una mística de "ojos cerrados", más preocupado por su coherencia, su santidad... a una mística de "ojos abiertos", y descubrir a ese

Dios que se hace audible y cercano a través de las alegrías y sufrimientos del Pueblo. Será un cambio radical: un don.

Albert Nolan al hablar de la contemplación nos dice:

“Hoy, la contemplación es descrita casi siempre como una forma de conciencia o conocimiento. No consiste tanto en cambiar la realidad como en tomar conciencia de lo que está ya ahí. La contemplación es la experiencia de despertar a la realidad, es desarrollar un conocimiento creciente de lo que sucede a nuestro alrededor y dentro de nosotros y, sobre todo, es tener una conciencia más profunda de la presencia de Dios en todas las cosas.

Las personas plenamente conscientes son pocas. La mayoría están medio dormidas o viven en un mundo de mentiras y engaños. La contemplación es un intento consciente de disipar todas las ilusiones que tenemos sobre nosotros mismos, sobre los demás y sobre el mundo. Es una búsqueda de la verdad sobre nosotros, sobre los demás y sobre el universo del que somos parte, lo cual constituye, al mismo tiempo, una búsqueda de Dios”. (Albert Nolan: “Esperanza en una vida de desesperanza” pg.47)

Es una escuela de saber mirar de un modo contemplativo la realidad, para no escaparnos de ella. La mirada de Dios recrea la existencia. Este es el punto de partida para cualquier acción apostólica. Ver con realismo la dureza de lo real y ver de una manera más honda la mirada de Dios ahí.

Esto conlleva unos retos externos y otros internos. Los internos: supone una experiencia creyente. Pero la experiencia espiritual se ha *cosificado*, se ha hecho cosa más que *relación*. La esencia de la experiencia espiritual cristiana es la relación con un TÚ, que nos ha encontrado, al que hemos descubierto como fuente, por el que nos sentimos amados. Una experiencia de gratitud y de entrega generosa, pero también de pecado y misericordia, de presencias que nutren y de ausencias que duelen. Pero se corre el peligro de olvidar y no cuidar esta relación y entonces se *cosifica*. *Cosificamos la experiencia espiritual. ¿Qué se cosifica?:* las normas, las prácticas, las instituciones... La vida espiritual ya no tiene su centro en Dios, sino en lo que se cosifica. La oración pasa de ser espacio de relación a espacio de auto - contemplación, de afirmación de nosotros mismos. No le damos gracias a Él, sino le damos gracias de *ser como soy*. El pecado no es la ruptura de la relación, sino la mancha en la propia imagen interna y externa... Lo que es cosa se puede poseer y pasamos de *deudores a propietarios de la cosa*. Entonces nos creemos mejores que los demás, y nos hacemos poseedores de la verdad e

intransigentes. Llegamos a formar parte de la caravana de los que tienen y a veces de los que tienen mucho. Acaparamos mucho y la gratitud de la que habla Ignacio no puede salir, no puede llevarnos a las misiones de frontera. Romero no “acaparó” en la experiencia de oración y fue a las “fronteras de la vida”

En 1954 o 1955, Mons. Romero hizo durante un mes los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, bajo la dirección del padre Miguel Elizondo, S.J., entonces maestro de novicios de la vice-provincia centroamericana de los jesuitas.

Mons. Romero había estado en contacto con la espiritualidad ignaciana, al menos indirectamente, a través de sus profesores jesuitas en San Salvador y Roma. Sin embargo, nada de esto substituye la experiencia de los mismos ejercicios. Descubrió la mística de Ignacio de Loyola: “Sentir con la Iglesia”. El lo pondría posteriormente en su escudo de obispo. Creo que jamás pensó lo que iba a sufrir con el lema de su escudo de obispo.

¿Cómo era la personalidad de Romero?: Voy a ir tocando algunos aspectos que me parecen claves para entender esta gran persona.

Como decía en la breve cronología que he presentado de la vida de Romero, estudió teología en la Universidad Gregoriana de Roma. Vivía en el colegio Pio Latinoamericano. Un amigo y compañero estudiante por esos años, Mons. Carlos F. Enríquez, de Ciudad Juárez, México, lo recuerda de este modo: *"de estatura mediana, color moreno, de andar pausado, como quien no tiene prisa de llegar, porque sabe que va a llegar. Su modo de ser: en el trato con los demás, pacífico, tranquilo como el que sabe que la vida hay que vivirla tal y como va llegando sin prisas, más bien callado, un tanto tímido, tengo la impresión que tartamudeaba al hablar por nerviosismo. Y lo consideraría de temperamento melancólico, con todos los elementos positivos para enfrentar la vida religiosa, la vida intelectual y el trato con el prójimo. Yo considero, por lo que recuerdo, su capacidad intelectual más que mediana. El estilo literario de sus escritos, yo lo catalogaría como elegante, usaba giros y metáforas, que le daban a la vez*

elegancia y fluidez, y cuando leía en voz alta lo que había escrito, su estilo expresivo daba más vida a lo escrito. En cuanto a su conducta, intachable, nunca supe de algo que pudiera desvirtuar esta apreciación. Era observante del reglamento, piadoso, preocupado por su formación sacerdotal en todos sus aspectos. En el trato con los demás sabía hacerse de amigos y a la vez era apreciado de los que éramos sus amigos, por su sencillez y por su deseo de ayudar”

Añadamos algunos datos más que nos dan algunos testigos de su personalidad, sobre todo siendo ya obispo de San Salvador:

Más tarde, cuando Mons. Romero era arzobispo, miembros de la oligarquía salvadoreña se esforzaron para probar que estaba mentalmente enfermo. Según el Dr. Rodolfo Semsch, psicólogo clínico. Mons. Romero le consultaba regularmente, no en busca de psicoterapia, sino desde el punto de vista de un psicólogo para ver cómo estaba su vida interior, lo mismo que pedía orientación espiritual a su confesor. En una entrevista seis meses después de la muerte de Mons. Romero, el Dr. Semsch negó que Mons. Romero fuera siquiera neurótico, mucho menos psicótico. Describió a Mons. Romero *como una personalidad fuerte, de gran energía, que experimentaba intensas presiones en su vida y reaccionaba, de forma natural, con agresividad (muchos recuerdan su temperamento) y fatiga*. Si en algún momento hubiera estado mentalmente enfermo, sus enemigos lo habrían descubierto. *En cualquier caso, dijo Semsch, la prueba del equilibrio emocional de Mons. Romero fue la tremenda presión que sostuvo durante 3 años siendo arzobispo.*

De 1962 a 1965, Mons. Romero observó cómo el Concilio Vaticano II comenzó a revolver las aguas de la Iglesia; más tarde demostró haber leído y meditado sus documentos. Pero en modo alguno simpatizó con todas las tendencias que aparecieron en la Iglesia después del concilio. Los jóvenes sacerdotes que andaban sin sotana y aun sin signo alguno de su sacerdocio, familiarizados con mujeres, tan ansiosos por cambiar la Iglesia y el mundo, todos encontraron su desaprobación. Para entonces, él era ya desde hacía

tiempo el sacerdote más poderoso de la ciudad y había centralizado prácticamente todos los movimientos seculares de su parroquia.

Cuando Romero es nombrado obispo de la diócesis de Santiago María con 57 años aparecen muchos comentarios y testimonios sobre el talante conservador de Romero. Se le consideraba en ese momento un sacerdote tradicionalista y severo

«No se puede decir que el padre Romero, (nos habla de su vida en S. Miguel), fuera en aquel tiempo lo que ahora suele atribuirse a los sacerdotes progresistas. Era más bien, un modelo de sacerdote tradicionalista. Su divisa era "nunca hacer nada en contra del Obispo; nada sin el Obispo". Los temas de sus predicaciones y las clases de moral que impartía en un colegio de señoritas eran temas sacados de los Padres y del magisterio de la iglesia. Los

Retiros espirituales que predicaba siempre giraban en torno a los novísimos: muerte, infierno y gloria.

Tenía Romero un concepto elevadísimo e integérrimo del sacerdocio, y trataba de ponerlo en práctica con su vida sacerdotal de todos los días...

Su vida austera, sus juicios a veces muy severos sobre la vida de otros sacerdotes, su actitud a veces intolerante provocaban en los hermanos de sacerdocio, cierto rechazo de su persona, y otras veces suscitaron problemas delicados en sus relaciones humanas y sacerdotales. A veces las relaciones eran tan tensas que le hacían incurrir en errores incomprensibles, como el de no agradecer favores que otros camaradas le hacían".

Ver Jesus Delgado, obra citada, págs. 48-49. En este sentido la lucha contra los Jesuitas es evidente: Abundan estos testimonios en PIEZAS PARA UN RETRATO de Me Lopez Vigil especialmente en las págs. 33-34.

Como acabo de decir las ideas básicas de la teología de la liberación circulaban ya en las reuniones de este género en América Latina, y en ellas aparecían los fundamentos de los documentos de Medellín: *"la injusticia social no es la voluntad de Dios, sino todo lo contrario, y las personas deben trabajar y luchar con la ayuda de Dios para realizar la justicia"*. Estas ideas cuestionaron inmediatamente el ordenamiento social y a quienes detentaban el poder, y llevaron a conflictos en el orden político. Para una persona educada dentro de una visión de la vida, en la cual uno debe aceptar el sufrimiento y buscar la paz y la armonía a cualquier precio, estas ideas implicaban un considerable reajuste de actitudes y prejuicios.

Sin embargo, sería erróneo pensar que Oscar Romero era un obstinado conservador reacio a aceptar el Vaticano II. Como hombre de Iglesia, formado en Roma, devoto del Papa, como cabeza de la Iglesia, como obispo que había asumido el lema "sentir con la Iglesia," él quería mantener el paso de la Iglesia; pero no estaba preparado para sacar de los documentos eclesiales todas las conclusiones que otros estaban sacando. Aun después del gran cambio que sufrió más tarde como arzobispo, nunca acepto todas las ideas de sus sacerdotes más radicales

Pero hay otro testimonio que me parece muy importante para comprobar esta tendencia «sagrada» de conservador y tradicional: de querer poner las cosas en su puesto; "cazar brujas", por todos los rincones de la Iglesia. El comentario es de Juan Hernández Pico sj. compañero mío del noviciado en Orduña y que luego fue destinado a Centroamérica y allí sigue haciendo una gran labor.

"Nos encomendaron un tarea que tenía lo suyo. El Arzobispo Chavez nos pidió a Néstor Jaén y a mí que dirigiéramos unos ejercicios espirituales al clero de San Salvador. Y allí llegaron todos los curas mezclados, chinche y telepate, los de todas las tendencias, aunque la mayoría en San Salvador eran progresistas.

Una noche estábamos discutiendo en un alegato bastante caliente el tema de la fe y la política y el papel del sacerdote en todo esto. Un asunto profundamente polémico en aquellos tiempos.

De repente vimos entrar a un sacerdote ensotado, que se movía como reptando y que se quedó allá, en la última fila, perdido. No abrió la boca. ¿Quién es ese?, le cuchichee yo a Néstor.

-Es el nuevo obispo auxiliar, Oscar Romero.

Cuando terminamos el debate, me dijo Néstor: "Quien sabe cómo va a reaccionar Romero después de escuchar todo lo que dijimos.

*Adivinó. Dos semanas después salió en ORIENTACION un artículo firmado por él diciendo que los Jesuitas -y daba nuestros nombres- habían dirigido unos ejercicios espirituales que de espirituales no tenía ni un pelo, que eran pura sicología y sociología, **marxistoide!** Y por ahí seguía el hombre.*

Yo me indigné y le escribí una carta muy fogosa y bastante atacante, en la que le decía que con acusaciones de esa clase estaba poniendo en peligro la vida de la gente y que Medellín nos exigía cambios. Y por ahí seguía yo.

-A ver si tiene la honestidad de publicarla también en ORIENTACION, ipero no será capaz!

No adiviné. La publicó. (Juan Hernández Pico)..” Mg Lopez Vigil, en "Pizas para un Retrato", págs. 43-44.

Lo que llama poderosamente la atención es constatar, que no solamente un grupo grande de sacerdotes no estaban de acuerdo con Romero, sino que también los dos obispos cercanos a Mons. Romero, y que trabajaban con él en la Curia Arquidiocesana, lo tuvieran igualmente como tradicional y conservador.

Cuando comento el talante conservador de Romero no quiere decir que no estuviese cercano al Pueblo y al sufrimiento. Siempre fue un hombre honesto con sus convicciones. Pero tenía un modo de ser peculiar. Quiero citar un caso que fue muy sonado en esa época. Los acontecimientos del Caserío Tres Calles,

“El 21 de junio 1975 un incidente grave tuvo lugar en la diócesis de Mons. Romero. Agentes de la guardia invadieron un caserío llamado Tres Calles a la 1 a.m., matando a disparos y machetazos a 5 campesinos y registrando a fondo las casas en busca de armas. Mons. Romero fue al día siguiente a consolar a las familias y a decir misa por las víctimas, condenando la masacre en su homilía como un ataque a los derechos humanos. Después de eso, fue a ver al comandante local de la guardia para protestar. El comandante restó importancia al incidente, llamando a las víctimas malhechores. Mons. Romero respondió que ellos tenían derecho a la justicia, sin importar quienes eran o que habían hecho.

El 26 de junio escribió una angustiada carta al presidente Molina, describiendo sus experiencias y protestando por el atropello. La protesta, sin embargo, fue confidencial; no la hizo pública. La carta era deferente y respetuosa, a pesar de la cólera y el dolor que muestra a través de sus palabras. Más tarde, como arzobispo, protestó de manera mucho más dura y ante los ojos y oídos de la nación. Para entonces, había perdido la fe en la rectitud de los dirigentes políticos del país.

Después de escribir a Molina, Mons. Romero escribió un memorándum

para sus compañeros obispos. Había ido a Tres Calles a consolar a la gente, explicó, pero no quería hacer una protesta pública por tres razones: 1) pensó que era mejor intervenir directamente ante las autoridades, tal como lo había hecho, protestando personalmente ante el comandante militar y escribiendo al presidente; 2) la Iglesia no estaba directamente involucrada en el acontecimiento; 3) no estaba seguro de los motivos reales que se ocultaban detrás de los asesinatos o de cual había sido la conducta de las víctimas. Se había sorprendido de encontrar a varios curas de la diócesis de San Vicente en el funeral, pero se había alegrado de concelebrar la misa con ellos y solo lamentaba que se hubiesen cantado canciones de protesta durante la misa”.

La conducta de Mons. Romero en este incidente muestra a un hombre que aún creía que las autoridades públicas no eran tan malas como las acciones de sus subordinados, que era mejor tratar las cosas a nivel de autoridades eclesiásticas y civiles, que su responsabilidad era con la Iglesia como institución y que debía evitar lo embarazoso de levantar su voz en favor de unas víctimas, que podrían resultar ser subversivos o criminales

Cuando Romero llega al Arzobispado de El Salvador la situación político-social-económica-ecclesial era realmente tremenda. La economía del país en manos de la oligarquía. 14 familias controlaban la economía del país. El gobierno en manos del Partido Arena, de extrema derecha, controlaba al país con la ayuda militar de los americanos y violaba continuamente los derechos humanos. Al Gobierno americano le costaba la ayuda militar 2 millones de dólares diarios. Las matanzas y violaciones eran diarias. Las autoridades y representantes eclesiales, algunos obispos como Mons. Revelo, Mons. Alvarez, Mons. Barrera, Mons. Aparicio... y sobre todo el Nuncio Mons Gerada, caminaban de la mano del gobierno. No vamos a hacer la lista de las barbaridades que se cometieron y nunca se denunciaron a los culpables: pero sirva como ejemplo, se llegó a hacer “tiro al plato con niños pequeños”. El pueblo se había unido y se había creado la Guerrilla Revolucionaria, el FMLN que también en algunos momentos no supo respetar los derechos humanos y tanto Romero como Ellacuría denunciaron estas barbaridades.

El 21 de febrero de 1977, al día siguiente de la elección, Mons. Oscar Romero como Arzobispo de San Salvador, envió una carta a los sacerdotes de la diócesis de la que sería obispo un día después. Era consciente de que la mayoría del clero estaba insatisfecho con su nombramiento, y la carta fue un ofrecimiento de amistad. *"Con este abrazo de presentación quiero manifestarles el espíritu de cooperación que yo les ofrezco y que necesito de Uds. para que juntos compartamos el honor que Cristo nos hace de ayudarle a edificar su Iglesia, cada uno desde su propia vocación."*

"Como sacerdotes que trabajan juntos, continuaba Mons. Romero, necesitamos estrechar una amistad que no solo se fundamente en la fe de la realidad sacramental que nos identifica con el único sacerdocio de Cristo, sino que lleve también el calor humano de la comprensión, del mutuo respeto y perdón, de la rectitud, de la sinceridad, de la lealtad y de tantas otras virtudes humanas que alimentan, desde el nivel natural y psicológico, nuestra comunión sobrenatural."

Al momento de convertirse en obispo, el había decidido siempre *"ofrecer lo mejor de mi modesto servicio a los sacerdotes y de ser siempre accesible, con sencillez de amigo a su dialogo."* Esa era la única forma de disipar malos entendidos y prejuicios, y *"para integrar en la unidad pastoral la riqueza del legítimo pluralismo."* También les ofrecía hospitalidad en el edificio del seminario de la arquidiócesis siempre que lo quisieran

¿Podemos hablar de CONVERSION en Romero?

Hay un antes y un después del 17 marzo 1977. Unos días antes habían asesinado a Rutilio Grande sj., gran amigo de Romero, junto a su sacristán y un joven. Después de muchas reuniones se suprimen todas las misas en El Salvador y se decide celebrar una única misa, incluso en contra de algunos obispos y el Nuncio. Desde el púlpito, Mons. Romero se dirigió a la concurrencia y a quienes escuchaban por la radio. *"La catedral, dijo, era signo de la Iglesia universal esa mañana y la presencia de los tres fallecidos le daba la perspectiva de una "Iglesia más allá de la historia, más allá de la vida humana."* Si fuera un funeral ordinario, hablaría de su amistad personal con el padre Grande: *"en momentos muy culminantes de mi vida, estuvo muy*

cerca de mí, y esos gestos jamás se olvidan," pero este era, en cambio, el momento "para recoger de este cadáver un mensaje para todos nosotros que seguimos peregrinando."

Como Grande, continuo Mons. Romero, la predicación de la Iglesia se inspira en el amor y rechaza el odio. *"Quien sabe si las manos criminales que cayeron ya en la excomunión están escuchando en un radio allá en su escondrijo, en su conciencia, esta palabra: queremos decirles, hermanos criminales, que los amamos y que le pedimos a Dios el arrepentimiento para sus corazones, porque la Iglesia no es capaz de odiar, no tiene enemigos. Solamente son enemigos los que se le quieren declarar; pero Ella los ama y muere como Cristo: perdónalos, Padre porque no saben lo que hacen."*

En nombre de la arquidiócesis, Mons. Romero agradeció a Grande y a sus dos acompañantes, *"colaboradores de la liberación cristiana,"* así como *"a todos los que trabajan en esta línea de la Iglesia, iluminadores de fe, animadores de amor, prudentes con la doctrina social de la Iglesia."*

El que escogiera elogiar el trabajo de Rutilio y de sus colaboradores y hablar tan específicamente de la misión era un signo de un "cambio"

Mons. Romero negó haber dicho alguna vez que él había sido convertido. *"Lo que sucedió en mi vida sacerdotal, he tratado de explicármelo como una evolución de mi mismo deseo que siempre ha tenido de ser fiel a lo que Dios me pide; y si antes di la impresión de más 'prudente' y 'espiritual' era porque así creía sinceramente que respondía al Evangelio, pues las circunstancias de mi ministerio no se habían mostrado tan exigentes de una fortaleza pastoral que en conciencia creo que se me pedía en las circunstancias en que asumí el arzobispado."*

También negó que un grupo pequeño de sacerdotes lo hubiesen cooptado y que otros fueran desatendidos. *"Lo que aquí pasa también es que la fidelidad at Evangelio trae la división que Cristo anunció aun entre miembros de la misma familia. Si alguno se queja de marginado es que el mismo se margina porque no está dispuesto a la renuncia del bienestar que da la amistad con un poder que irrespeta a la Iglesia."*

Hacia un mes que Mons. Romero era arzobispo. Un clero que al

principio lo había recibido con descontento y desconfianza, ahora lo aceptaba gustosamente como líder. Las multitudes que asistieron al funeral y a la misa única del domingo anterior eran inmensas, y Mons. Romero sentía que la gente común le estaba respondiendo. Por otra parte, había perdido terreno ante la clase dominante, algunos de cuyos miembros estaban obviamente quejándose ante el Nuncio, ante los demás obispos y ante él mismo. Las tensiones con el gobierno se habían elevado a un nuevo nivel. Y, lo que era más doloroso, estaba en pugna con el propio representante del Papa en el país, quien parecía incapaz de entender lo que Mons. Romero estaba haciendo y por qué lo estaba haciendo. El nuncio y hasta el secretario del Nuncio lo habían reñido, incluso en presencia de otras personas.

Mons. Romero decide rápidamente ir a Roma a explicar personalmente al Papa y a su curia lo que estaba ocurriendo en la arquidiócesis y lo que él, como arzobispo, estaba haciendo. La conducta del nuncio no dejaba dudas de que informes desfavorables debían estar llegando a Roma. Llegaron a cambiarle algunos de los informes que Romero escribía. Además, el gobierno tenía su propio embajador ante el Vaticano. Romero, como San Pablo, cuando fue a Jerusalén a explicar su trabajo entre los gentiles a Cefas y a los otros apóstoles, va a Roma a ver a Pedro y a exponerle su caso.

ROMERO Y SU OPCIÓN POR LOS POBRES

Para entender la opción radical que Romero hace por lo pobres, quiero antes hacer una pequeña aclaración:

Optar por los pobres no es elegir a los destinatarios del mensaje evangélico, a las personas a quienes debemos predicar el evangelio, sino que se refiere al evangelio que predicamos a todos.

Los pobres no pasan necesidad debido a la mala suerte o la desgracia. Los pobres son los oprimidos, las víctimas del pecado social de la injusticia. La opción por los pobres tiene que ver con el pecado de opresión y con lo que los cristianos deberían hacer para responder a él².

A veces se ha pensado también que la opción por los pobres es una cuestión de estilo de vida: una opción por la pobreza. Llevar una vida de privaciones no implica necesariamente ayudar a los pobres y oprimidos

Así pues, optar por los pobres consiste en tomar partido incondicional e inequívocamente en una situación de conflicto estructural. No se trata de predicar a unas personas y no a otras, ni de ser generoso con los «menos privilegiados», ni de emitir un juicio sobre la culpa personal de los ricos, y tampoco es, en primer lugar, un estilo de vida. Es la afirmación de que la fe cristiana implica, para todos y como parte de su esencia, tomar partido en el conflicto estructural entre los opresores y los oprimidos'. Nada podría ser más amenazador para las creencias apreciadas por tantos cristianos hoy en día. Nada podría ser más amenazador para tantas de nuestras Iglesias en la manera en que actúan hoy en el mundo. Nada podría ser más controvertido y desafiante para nuestra teología y nuestra práctica como cristianos.

Quienes se sienten amenazados dicen que esto no es el evangelio, que es política. Sostienen que el evangelio habla de paz y reconciliación, no de tomar partido en un conflicto. Sí, pero ¿acaso el evangelio nos exige que reconciliemos el bien y el mal, la justicia y la injusticia? ¿No nos exige más bien que tomemos partido contra todo pecado, y especialmente contra el pecado omnipresente de la opresión?

Había sido nombrado Arzobispo de San Salvador en febrero del 77 y en junio de ese mismo año ya se le puede llamar tranquilamente el Arzobispo del pueblo (Junio-julio de 1977)

Eran las diez y media de la mañana y Aguilares ardía bajo el sol tropical. La gente se había estado juntando durante toda la mañana - los del lugar, campesinos de varias leguas a la redonda, religiosas y sacerdotes de la capital - y la multitud, esperanzada y a la expectativa, hacia ya rato que había rebalsado la pequeña iglesia hasta el atrio.

Cuando Mons. Romero llegó y se abrió paso entre la muchedumbre, esta lo recibió con un aplauso. Mons. Romero estaba acostumbrándose a los aplausos: lo aplaudían cuando ingresaba a la catedral para la misa dominical e interrumpían sus homilías cuando a la gente le gustaba lo que decía. Mons. Romero sentía que era una forma

de dialogar con el pueblo y le hacía sentirse más cercano a él.

Diez sacerdotes concelebraron con Mons. Romero en Aguilares. Era el 19 de junio de 1977, justo un mes después de que las fuerzas armadas invadieran la parroquia y mataran a tiros al joven Miguel en el campanario, cuando trataba de dar la alarma sonando las campanas. Se habían llevado a los 3 jesuitas y los habían expulsado del país; habían abierto a tiros el sagrario y desparramado las hostias sobre el piso; habían arrasado el pueblo, matando y llevándose prisioneros a rastras para matarlos después.

Mons. Romero inicio su homilía con una frase que, de una u otra forma, habría de repetir muchas veces después: *"a mí me toca ir recogiendo atropellos, cadáveres y todo eso que va dejando la persecución de la Iglesia."* *Había llegado, dijo, a recuperar una Iglesia, un sagrario y un pueblo profanados. "El dolor de ustedes es el dolor de la Iglesia."*

Mons. Romero habló de los desaparecidos y de la incertidumbre agonizante que estaban soportando sus familias: *"para Dios no hay perdidos, para Dios no hay nada más que el misterio del dolor, que si se acepta con sentido de santificación y de redención, será como el de Cristo Nuestro Señor, también un dolor redentor."* Habló de los que habían sufrido torturas: *"sepan que el dolor, pues, y que todo el sufrimiento de ustedes, es bien comprendido; y que la Iglesia lo interpreta, en esta primera lectura, como un dolor redentor, como un dolor que derivará para Aguilares nuevas fuentes de bendiciones."*

Mons. Romero habló con firmeza, nunca vociferando, dejando que la ocasión y el mensaje hicieran su obra en los corazones de la audiencia. Al final, los 5.000 presentes aplaudieron un sermón que muchos recordarían por años. Esa mañana quedó impresa la imagen del arzobispo en los corazones de quienes estuvieron en Aguilares. *"En un determinado momento durante la misa,"* dijo un sacerdote varios años más tarde, *"de repente me di cuenta de que era él quien me ayudaba a mí y no yo a él. Era él quien me ayudaba a convertirme."*

El 16 de junio de 1978 va a Roma a la visita *ad limina*. Escribe: "Al hacer mi visita oficial traigo conmigo todos los intereses, preocupaciones, problemas, esperanzas, proyectos, angustias de todos mis sacerdotes, comunidades religiosas, parroquias, comunidades de base, es decir, de toda una archidiócesis que viene conmigo a postrarse, como ayer, ante la tumba de San Pedro y, hoy, ante la tumba de San Pablo."

Dos años más tarde, el sábado 2 de febrero 1980, Mons. Romero **estaba en Lovaina**, donde habló sobre la dimensión política de la fe, empezando por la opción por los pobres. Comenzó con unas cuantas palabras en flamenco: "para decir que sentía mucho no poder hablar en su lengua, pero hablaría en el lenguaje de mis pobres a los que yo venía a representar." La asamblea aplaudió su esfuerzo y el continuo en español, agradeciendo a la universidad el honor, el cual interpretó no como dado a su persona, sino más bien al pueblo de El Salvador y a su Iglesia "como un elocuente testimonio de apoyo y solidaridad para con los sufrimientos de mi pueblo y su noble lucha de liberación y como gesto de comunión y simpatía con la actuación pastoral de mi Arquidiócesis."

Luego agradeció a la Iglesia belga por los sacerdotes y religiosas que había enviado a trabajar en su arquidiócesis, "por unir tan generosamente sus vidas, sus sudores, su contribución económica con las preocupaciones, obras, fatigas y hasta persecuciones de nuestros campos pastorales."

El discurso sobre la fe y la política que leyó, era la historia de lo que su arquidiócesis estaba haciendo: volverse hacia los pobres para proclamarles la buena nueva, servir y defender a los pobres, y, como consecuencia, compartir su persecución; y en este compromiso, encontrar una comprensión más profunda de los misterios del pecado, la encarnación y la redención, y una fe más profunda en Dios y en Cristo. Su lenguaje fue más teológico que el de sus homilías, pero la doctrina fue la misma.

En catedral los últimos domingos: la opción por los pobres surge clarísimamente, sin fisuras...

"Me da más lástima que cólera cuando me ofenden y calumnian. Me da lástima de esos pobres ciegucecitos que no ven más allá de la persona... Que sepan que no guardo ningún rencor, ningún resentimiento. Ni me ofenden todos

esos anónimos que suelen llegar con tanta rabia o que se pronuncian por otros medios, o que se viven en el corazón" (16.3.1980).

"He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirles que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección. Si me matan, resucitare en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad.

Como pastor estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador.

El martirio es una gracia que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad.

Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan.

Ojala, si, se convenzan que perderán su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás" (3.1980).

La gente aplaudió y el continuó,

"Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la Policía, de los cuarteles. Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos, y ante una orden de matar que de un hombre, debe de prevalecer la ley de Dios que dice: NO MATAR... Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios... Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla... Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado... La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van tenidas con tanta sangre... En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡Cese la represión...!" 19 de marzo 1980

Al día siguiente, lunes a las 6.30 sería asesinado en el comienzo de ofertorio de la Eucaristía... **Era una muerte anunciada.**

"SENTIR CON LA IGLESIA"

El lema de su escudo arzobispal era: "Sentir con la Iglesia". Un lema que suena bien, pero que para muchas personas les suena como un "sunami" en el mundo de hoy.

Vivir la experiencia creyente del Evangelio desde la “mística de ojos abiertos” nos lleva a la **comunidad eclesial**.

Hemos sido alcanzados por la Encarnación de Jesús a través de la Iglesia, como uno de los medios que existen en el Reino. La experiencia de alteridad con Dios, con Jesús, nos lleva a mirar y vivir “con los ojos del corazón” dentro de la Iglesia. “*Sentir en y con la Iglesia*”, que dice Ignacio de Loyola.

La realidad de la Iglesia es la que es, como el mundo de hoy. No es como nos gustaría. Es la realidad de gracia y pecado; de imposición y servicio; de juicio y misericordia. Lo importante es cómo vivir hoy el conflicto. La experiencia profunda de Dios nos ha de llevar a trabajar con un talante integrador, dialogante. Saber vivir la dialéctica del amor original profético de la experiencia bautismal del Espíritu es vivir hoy el misterio pascual personal y comunitario.

Quisiera hacer un breve comentario de la persona de Mons. Romero en esta realidad concreta de la Iglesia que le tocó vivir: Una situación realmente difícil tanto hacia el interior (sus relaciones con algunos obispos salvadoreños: Revelo, Alvarez obispo castrense, el nuncio Mons. Gerada, que le falsificaba sus documentos que enviaba a Roma y algunos cardenales de Roma, como Mons. Baio), como en su relación hacia fuera con el mundo religioso y laical

Al leer hoy la vida de Romero es increíble las dificultades que tuvo con el equipo de obispos de su Archidiócesis:

Escribió a Baggio, en Roma, **el 6 de noviembre de 1975,**

"En cuanto a los riesgos que se han corrido ante el gobierno," proseguía Mons. Romero "creo que era necesario correrlos porque fueron necesarias las reacciones provocadas por los graves atropellos y abusos del mismo gobierno contra la dignidad y libertad de la Iglesia y contra los derechos humanos de tanta gente indefensa."

Si, a pesar de la tranquilidad de su conciencia, la Santa Sede juzgaba

que sus juicios pastorales eran equivocados, estaba dispuesto a escuchar para corregirse, y ***aun a poner en otras manos el timón de la arquidiócesis (primera vez que habla de una posible sustitución).***

Al escribir esto, estaba pensando especialmente en sus diferencias con el nuncio. *"Con tristeza debo manifestar a Vuestra Eminencia que, en estas circunstancias tan dolorosas y difíciles para mi, no he contado con el apoyo de S.E. acerca de mis actuaciones; al contrario, en ciertos momentos he sentido muy dura su presión contra mis decisiones. Al analizar esta rara actitud de S.E. he concluido que S.E., vive muy alejado de los problemas de nuestro clero y de nuestro humilde pueblo y en el predominan las informaciones y presiones del Cardenal Casariego, de los políticos, de los diplomáticos y de la clase adinerada de las colonias elegantes."*

En Junio 1977, tres meses después de ser nombrado Arzobispo:

Mons. Romero citó la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, como el texto que debía seguirse. El Papa había escrito que en las naciones subdesarrolladas, millones de personas clamaban por su liberación. La Iglesia, dijo Mons. Romero, no debía ser evaluada por el apoyo del gobierno, sino mas bien por su propia autenticidad o espíritu evangélico de oración, de confianza, de sinceridad y justicia, de oposición a los abusos."

El 21 de mayo de 1978 en una carta de 33 páginas al cardenal Baio Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos, un año después de su nombramiento como arzobispo de San Salvador, Mons. Romero pudo decir con franqueza y con modestia que la diócesis estaba mejor organizada pastoralmente, mas unida y que las vocaciones sacerdotales habían aumentado. Y que las expresiones de apoyo llegaban constantemente desde dentro y fuera del país.

Terminaba diciéndole: *"Eminentísimo Señor Cardenal, así he querido abrir a V.E. mi corazón de Pastor de esta Diócesis. Pido al Señor me de fuerzas siempre para continuar la labor que El me ha encomendado.*

Nada es para mí más alentador que saberme unido íntimamente al Papa y a esta Santa Sede".

Mes y medio después de la larga carta o informe a Baio, el 2 de junio, va a Roma.

La tarde del día en que llegaron fueron a visitar la basílica de San Pedro. *"Ante la tumba del primer Papa "* Mons. Romero anotó en su diario, *"he orado intensamente por la unidad de la Iglesia, por el Papa, por los obispos, y por toda la Iglesia universal encomendándole a San Pedro los intereses de nuestra Iglesia y el éxito de este diálogo con la Santa Sede."*

Sobre la entrevista con Baio

Mons. Romero lamentó mucho que *"su desconfianza para con nuestro clero haya tocado también la memoria de los dos sacerdotes asesinados. P. Grande y P. Navarro, a quienes nuestro pueblo cristiano quiere por su supremo testimonio de inmolación por predicar la justicia."* El compartía la reserva de Baggio sobre sus limitaciones y estaba de acuerdo en que no eran mártires en un alto grado como aquellos del pasado. *"Pero puedo afirmar su sincero amor a la verdad de la Iglesia y a nuestro pueblo; y no creo que el sentido de nuestras reflexiones acerca de sus muertes haya llegado más allá de la simple afirmación de que también ellos merecen la bienaventuranza de los mártires porque "sufrieron persecución por la justicia" y de que por eso también hoy se puede afirmar la persecución de la Iglesia."*

"V.E. comprende," escribió Mons. Romero en su memorándum, *"como una colaboración cordial, como la que me aconseja y yo deseo, tiene que contar con una base de sincera confianza. Pero, con franqueza fraternal, debo expresar a V.E. que la misma S. Sede y mis hermanos Obispos han falseado las bases de esa confianza, cuando el mismo confiesa —y V.E. me lo confirmó— que su nombramiento ha sido 'para frenarme' y los Sres. Nuncio y Obispos utilizan ese mismo encargo para fomentar el antagonismo que destruye una relación cordial. ¿Cómo puede existir esta si ambos sabemos que más bien tiene que haber relación de vigilancia y freno? Por otra parte, tengo testimonios muy confidenciales de que sus relaciones con*

el gobierno, con sacerdotes y otras personas que no comulgan con el obispo están haciendo peligrar esta comunión."

Destitución posible

Finalmente, Baggio habló sobre la petición de cambiar a Mons. Romero presentada por los otros obispos. *"Y con igual sencillez que en nuestro coloquio, consigno por escrito que si es para bien de la Iglesia, con el mayor gusto entregaré a otras manos este difícil gobierno de la Arquidiócesis. Pero mientras lo tenga bajo mi responsabilidad, solo trataré de agradar al Señor y servir a su Iglesia y a su pueblo, de acuerdo con mi conciencia a la luz del Evangelio y del Magisterio."*

Despedida de Baio y el Papa

"De nuevo, Eminencia, mi agradecimiento por haberme llamado a dialogar. Considero tan feliz oportunidad como el principio de una correspondencia más frecuente que ayude a V.E. a la información objetiva y me ayude a mí, como mucho me ha ayudado esta entrevista, a seguir buscando con amor un mejor servicio a la Santa Iglesia."

La audiencia especial que el Santo Padre me concedió el miércoles, ha sido un nuevo carisma que ha puesto una nota de mayor optimismo en mi vida para tratar de cumplir este propósito".

La audiencia con el Papa Pablo VI, al día siguiente de la conversación con Baggio, fue para Mons. Romero **el momento culminante de su viaje a Roma.** *"El Papa me sentó a su derecha y con sus manos me estrechó las mías en forma efusiva y larga mientras me hablaba palabras de aliento y de comprensión, y me hacía mensajero de su gran cariño pastoral para nuestro pueblo. La emoción natural de estar cerquita del Pastor Universal y sobre todo su acogida tan cordial y positiva no me permitieron recoger y repetir textualmente sus palabras; lo siento, pero creo que así debe ser porque más que palabras fueron para mí como un nuevo soplo del Espíritu que 'ha confirmado' mi fe en la Iglesia de Jesucristo y mi amor pastoral a mi pueblo."*

El Papa, contó Mons. Romero en su diario, le dijo que entendía cuán difícil era su tarea como arzobispo y que muchas veces era mal interpretada. Alentó a Mons. Romero a ser paciente y valiente. El pueblo luchaba por sus derechos, le dijo, y Mons. Romero debía trabajar para ellos y ayudarlos a encontrar el valor de su sufrimiento y a evitar el odio y la violencia. El Papa mismo los amaba y rezaba por ellos y por su arzobispo. Mons. Romero respondió que estaba tratando de predicar la paz como el Papa había dicho y que estaba llamando a los pecadores a la conversión. Luego afirmó su adhesión a las enseñanzas del Papa”.

Mons. Romero dejó Roma satisfecho, a pesar de la tensa sesión con el cardenal Baggio. El Papa lo había entendido y alentado, como lo había hecho su amigo el cardenal Pironio, prefecto de la congregación de religiosos. Había corregido los informes falsos sobre el seminario en la congregación para la educación católica y la Secretaria de Estado lo había escuchado.

"Siento nostalgia, dejar a Roma. Roma es hogar para el que tiene fe y tiene sentido de Iglesia. Roma es la patria de todos los cristianos. Allí está el Papa, el verdadero padre de todos. Lo he sentido tan cerca, voy tan agradecido con él, que el corazón, la fe, el espíritu siguen alimentándose de esta roca donde la unidad de la Iglesia se siente tan palpable." Durante el vuelo de regreso a El Salvador, en "la noche inmensamente larga sobre el océano," tuvo tiempo para reflexionar en todo lo que había sucedido en Roma.

Con el fin de ir terminando

Hoy hablamos del **cambio climático** y sufrimos sus efectos tremendos: “sunamis”, grandes sequías, inundaciones....

Es un problema serio, es un problema de vida o muerte que toca las personas y las estructuras. La Ecología está siendo un gran reto y los cristianos no lo hemos identificado mucho con la fe. Creo que necesitamos luchar por devolver su dignidad a la naturaleza, sanear la “civilización actual” e ir a la “**ecología del Espíritu**”. Humanizar la cultura, humanizar la sociedad. Romero

fue y es una lección en la “ecología del Espíritu”. Es un buen referente para luchar para que “otro mundo” y “otra Iglesia” sea posible

Por poner unos ej:

Frente al individualismo aislacionista, que fácilmente degenera en egoísmo, nos invita a trabajar por el espíritu de comunidad

Frente a la mera tolerancia, que degenera en indiferencia, nos invita a trabajar por el compromiso, el dialogo, el respeto, la tolerancia activa.

Frente a la propaganda y la mentira, de lo cual tarde o temprano se venga la realidad, nos invita a trabar por el espíritu de verdad

Frente a una “religión de autoridad” nos invita a pasar a una “religión de llamada”, donde la compasión sea el centro del cristianismo.

Frente a una Iglesia falsamente universal, de todos, que apoya al poderoso... nos invita a trabajar por la Iglesia de los pobres, de los que buscan, de los sin casa, sin familia, sin trabajo...

Termino, una vez más esta tarde al recordar a Mons Oscar Romero con una palabras suyas: *“Muchas veces me lo han preguntado aquí en el Salvador: ¿Qué podemos hacer? ¿No hay salida para la situación del El Salvador? Y yo, lleno de esperanza y de fe, no sólo con una fe divina sino con una fe humana, creyendo en los hombres, digo ¡Sí, hay salida!”* 18.2.1979

Gracias por vuestra atenta escucha.

San Sebastián 8 de febrero 2011